

DE MARTES A MARTES

Por Enrique TAULET

LOS SILOS DE BURJASOT

VALENCIA siempre ha tenido necesidad de importar pan porque sus cultivos no le han permitido nunca tener a su disposición cereal tan indispensable. Hace unos años, nuestro malogrado Manuel Dualde publicó en "Feriario" un documentado trabajo sobre el problema triguero en la Valencia de comienzos del siglo XV, época en la que la humanidad atravesaba una de sus crisis más profundas: el cisma de Occidente, la guerra de los Cien años, la pérdida por el Imperio germánico de la antigua hegemonía y el avance, desde las estepas asiáticas de los turcos, renovando, a lo largo del Danubio —cauce natural de invasiones— la amenaza del Oriente gentil contra el Occidente cristiano. Sólo los Estados de la península Ibérica disfrutaban de una paz que ellos mismos se encargaban de enturbiar.

El que fue gran amigo del autor de estas líneas, Gayano Lluch, trata en su informe de la solución dada al gravísimo problema en 1503 "any de la fam", resuelto mediante el trigo recibido de Sicilia y de África, resultando insuficiente el Almadín y la Lonja para guardar el precioso cargamento. Entre nosotros, cuando Sicilia, país proveedor, suspendía las remesas, se hacía preciso acudir a Castilla, pero eran tan enormes las dificultades de transporte y medios de locomoción, a base de reeucas, que urgía encontrar una solución; ello, unido a las tasas y a la persecución de acaparadores, produjo un fenómeno similar al que padecimos en España a raíz de la última guerra. El Consejo General de Valencia se dispuso a resolver el angustioso problema, convirtiéndose en único comprador y distribuidor, guardando el trigo en grandes depósitos, que tenían el inconveniente del deterioro y de las mermas que sufría el grano.

En octubre de 1573 se iniciaron en Burjasot las obras para la construcción de un depósito exclusivo de granos, llamados "sitges" o silos; primero se abrieron tres, en los que se colocaron cincuenta y ocho "cañicos de forment del vengut de Sisilia ab nau de Pasqual de Marçino, nomenada la Assupció i la Santa Trenitat". A la vista de la admirable conservación durante un año herméticamente cerrados, acordaron los jurados la construcción de otros tres, y

en 1576, la de diecisiete más, siendo los últimos construidos en 1704, sumando un total de cuarenta y tres silos.

El erario municipal de Valencia, según cuenta González Martí, invirtió grandes sumas en la construcción, y así obtuvo la mejor edificación de Europa con esta finalidad corriendo parejas su utilidad con el aspecto de grandiosidad y belleza. Las obras se interrumpieron varias veces, y al fin quedaron terminadas en 1783, según reza una lápida allí colocada. La explanada de la colina de Burjasot, elegida para novedad tan importante, se halla sostenida por grueso muro, cubierta con losas, y sus cuarenta y tres bocas, protegidas por recias cadenas admiten los cuarenta y cinco mil hectolitros.

La modernización del transporte permitió traer a nuestro puerto el grano en gran cantidad con lo que desapareció el problema, dejando la, hasta entonces, utilísima obra sin aplicación; por eso, en 1742 se acordó la venta de los silos, a lo que se opuso el poder central y, en su nombre, el intendente, marqués de Malespina; gracias a él se conserva esta reliquia histórica. Aún sirvieron después como pósito y depósito de granos para los labradores que del mismo obtenían el necesario para la siembra, mediante el pago de una barchilla por cahíz.

Algunos autores ponen en duda la existencia de estos depósitos en tiempo de los romanos, según escribe Escolano; lo que parece indudable es que en el propio Burjasot, en la ermita, junto a los silos, antiguo morabito o tal vez mezquita ya había depósito para granos si bien como ocurrió con tantas otras joyas de la dominación musulmana, fueron destruidas sin compasión. Aún subsiste la prohibición de construir en sus cercanías edificios elevados a fin de que no tapen la vista e impidan ver la espléndida huerta que desde allí se divisa. Lástima que a lo largo de la costa no hubieran quedado centenares de silos con idéntica prohibición, con lo que se hubiera evitado la proliferación de rascacielos en nuestras bellísimas playas, que hoy han de soportar tan fea molestia y antiestética servidumbre cuando alrededor hay miles de hectáreas de terreno improductivo.

ENRIQUE TAULET